

Hijos escogidos - madres asignadas: La función materna en la estructura de adopción

Milagros Fagúndez D.¹

Resumen

Este trabajo esboza las implicaciones psíquicas de la adopción en Venezuela, con énfasis en los diferentes lugares que ocupa la función materna. Analizaremos a la institución madre: el conjunto de actores y escenarios que constituyen el acto jurídico y cómo las fantasías y los prejuicios acerca de la maternidad le otorgan un matiz omnipotente (otorgador de hijos) para aquellos que los solicitan con desesperación. Luego se discutirá el tema de la adopción de un niño/a durante su latencia, sujeto pasivo, inerte ante sus propias tendencias destructivas y sus deseos de filiación en duelo por la madre biológica abandonante y el temor ante los padres adoptivos receptores. Por último veremos mediante una viñeta clínica la función materna en la pareja parental.

Summary

This paper outlines the psychological implications of the adoption in Venezuela, with emphasis on the different sites occupied by the maternal role. Analyze the "mother as institution": the set of actors and background that assemble the legal act and how the fantasies and prejudices about motherhood transform her in omnipotent (owner of all children) to those who request them. Then discuss the issue of adopting a child.

¹ Analista en formación de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Miembro de la Organización de Candidatos de Latinoamérica (OCAL) y la Internacional de Estudios Psicoanalíticos (IPSO).

during his / her latency, defenseless against their own destructive tendencies and desires of affiliation and the grief to biological and absent mother. Finally we see through a fragment of clinical case about the maternal function in the parental couple.

La institución madre

La diversidad sexual y vincular que caracteriza al movimiento erótico de los últimos tiempos, nos ha llevado a plantearnos no sólo las llamadas neosexualidades, sino todo una serie de “neos” que conjuguen las formaciones afectivas y relacionales contemporáneas: la parentalidad desde la homosexualidad, la maternidad a través de la fertilidad asistida (con o sin pareja), las transformaciones en cuerpo y género presentes incluso desde la infancia, las relaciones virtuales y la constitución de vínculos a distancia, en la cual incluso el vínculo analítico a través de Skype es una desafío para los terapeutas de hoy.

En este marco la adopción no es un fenómeno neo, ha acompañado a la humanidad desde hace siglos y su legalidad ha tomado muchas formas. En Venezuela por ejemplo la representa la figura de “hijo de crianza” con las implicaciones psíquicas y jurídicas que eso conlleva. Nos encontramos también el terreno de la adopción ilegal, en donde algunos de nosotros hemos podido ser testigos de familiares o amigos en riesgo ante un trámite complejo, al margen de la ley y peligroso, al cual se llega más por desesperación que por elección.

Lo que quisiera compartir hoy con Uds., más a manera de diálogo fecundo es justamente como el eje fertilidad-infertilidad circula en los discursos cotidianos muchos más de lo que pensamos y cómo las diferentes posiciones en ese continuo determinan afectos, prejuicios, fantasías y temores en relación a las familias que se constituyen dentro de ese registro.

Al analizar familias y en especial niños adoptados por medios legales, he encontrado una presencia de lo que he enunciado hoy como “institución madre”, refiriéndome a la inscripción de la función materna en las entidades regentes de la adopción en Venezuela. Utrilla (2007) en su artículo “El mundo fantasmático de la adopción” nos habla de la institución como madre fértil, poseedora omnipotente de todos los hijos y portadora del poder de “fecundar” familias desprovistas de bebés. Aunque la autora

no lo describa de esta manera, me hace pensar en la madre del imaginario kleiniano plena de bebés, del pene del padre, de la leche, las heces y todos los tesoros que el niño anhela, envidia o reclama para sí. Es curioso hablar de la función materna en la ley, cuando estamos acostumbrados a pensar en la ley como prerrogativa paterna. Podríamos tomar la definición matemática de función para pensar sobre las relaciones entre institución y madres adoptantes por ejemplo, pero en este caso me referiré a la acepción relativa a la funcionalidad, aquello que articula y torna accesible algo que no lo es. En la díada madre-bebé, podemos pensarla a la manera de Winnicott, en tanto la madre articula para el bebé un mundo psíquico que de otra manera no sería aprehensible, o la manera de Bion en la dimensión de función reverie.

Precisamente es la cualidad maternante de la institución la que debe contener, digerir y metabolizar las angustias relativas a la “gestación” de ese embarazo psíquico (Utrilla, 2007) entre ese niño que advendrá hijo y esa mujer que advendrá madre (retomaremos luego la madre en el padre) y formar para o en ellos una función continente. Lamentablemente estamos aún lejos de eso, en este aspecto la institución introduce actos burocráticos, a veces consistentes a veces caóticos, que no metabolizan las angustias de los futuros padres sino que por el contrario las potencian. Con respecto a esto quisiera revisar por un momento el concepto de idoneidad, concepto que en adopción deviene en un certificado necesario para ser padres adoptantes y que constituye un requisito *sine qua non* para continuar en el proceso. Ya inicialmente la pretensión de medir idoneidad parental complejiza el panorama, pues tendremos que pensar en cuáles son los parámetros para medir y si es posible establece una estratificación numérica: tantos puntos, grados o niveles de idoneidad. Evidentemente nadie cuestiona la idoneidad de las madres biológicas, será porque se asume que con la capacidad reproductiva viene un cupón de 200 horas gratis de maternidad garantizada.

¿Es la institución la encargada de decidir quiénes son idóneos y quienes no? ¿En qué podría basarse esa estimación? Parece existir un consenso dentro las instituciones de adopción: el de descartar patologías que alteren el proceso de maternaje, de encontrar síntomas de gravedad que interfieran con la formación del vínculo materno-filial. Pero ¿cuál vínculo?, ¿cuál proceso?, ¿es uno sólo? Este criterio puede lucir sumamente lábil y representar una puerta abierta para los prejuicios y fantasías de los evaluadores en cuanto a lo que constituye para ellos un padre o una madre ideal, qué madres anhelaron y

anhelan. Sería nuestro trabajo acercar a la institución un lugar de reflexión y crecimiento, que les ayude a adoptar a las madres adoptantes.

Adoptan a un niño

Moraima es una niña de 8 años de edad que ha permanecido en una institución de niños abandonados desde los 5 años. Tiene una hermana de 3, que entró recién nacida a la misma institución y de la que se ha hecho cargo desde entonces. El estado intervino a la familia de origen de Moraima y les suspendió la guarda y custodia a los padres por condición de indigencia y consumo de alcohol y drogas. Se llevaron a Moraima y a su hermana porque de los 6 hijos que tenía la madre en ese momento, ellas estaban en las peores condiciones físicas. Nadie le explicó a la niña por qué debía alejarse de sus padres y luego que Moraima ingresó a la casa de abrigo no pudo ver a su madre por 1 año, a su padre de todas formas no lo veía mucho. Luego le permitieron visitas quincenales en las que la mamá de Moraima le decía a su hija que no había querido entregarla y que las cuidadoras de la casa eran malas por separar a las personas que se querían, luego de estas visitas Moraima lloraba toda la noche hasta que se agotaba y se dormía sola del cansancio. Esta situación se prolongó durante toda su estadía, incluso cuando entró al programa de colocación familiar y conoció a su familia adoptante. El tribunal decidió que durante este proceso la madre biológica de Moraima tenía derecho a visitarla cuando ella quisiera y si se arrepentía podía pedirla de regreso, previa evaluación social, porque según la normativa legal había sido forzado su consentimiento al momento de quitarle a las niñas. Esto introdujo una fantasía permanente que para Moraima consistía en ser reclamada y querida por su verdadera madre. Por su parte, para los padres adoptivos representaba la posibilidad de devolverla si las cosas no funcionaban, porque de todas maneras no iría de nuevo a la casa hogar, sino con su madre.

Cuando sus padres adoptivos finalmente llevaron a Moraima y a su hermana a vivir con ellos, las visitas continuaron y Moraima era trasladada cada quince días a la casa hogar para ver y hablar con su madre biológica, quien ahora aseguraba que eran los padres adoptivos los que no permitían que ellas estuvieran juntas y no porque la madre biológica no reuniera las condiciones para ganar su custodia. Moraima empezó a morder y a decir groserías y los padres adoptivos deciden llevarla a consulta psicológica, sólo a ella, su hermana no presentaba este tipo de comportamiento.

Madre muerta, madre negra, madre buena

En una de las primeras sesiones conmigo, Moraima estuvo contenida y risueña, conversaba abiertamente y con simpatía y de pronto me dijo que íbamos a jugar a la mamá y la hija. Ella sería la mamá e inmediatamente se desplomó en el piso como si estuviera desmayada. No expresaba ningún afecto, no emitía ningún sonido, a veces pareciera que no respiraba, estaba tendida en el piso, inerte y no respondía a preguntas o diálogo. La sensación que me invadió era la de estar con alguien bajo el efecto de las drogas, en una sobredosis al borde de la muerte. Intenté “reanimarla jugando a la doctora” sin éxito. Finalmente me quedé a su lado sosteniéndole la cabeza y haciendo un espacio con mi cuerpo para contenerla. Me dio un billete de monopolio y me dijo ve a comprarte una pizza, casi en trance. Le dije que no me iría de su lado porque tenía miedo de perderla. Ese fue mi encuentro con la madre muerta.

A la madre negra la conocí en las consultas iniciales con los padres. Era una mujer de unos 50 años aproximadamente, vestida al estilo Doña Bárbara con grandes botas de cuero y un estilo tiránico, muy morena, casi negra. Me contó que no había tenido problemas para obtener el certificado de idoneidad porque ella tenía una relación de pareja muy estable con su esposo, quien no había podido venir porque tenía que cuidar de las niñas. Me dijo también que fue su esposo el de la idea de adoptar, que para ella el tener hijos no era una prioridad pero como él quería una familia, ella accedió a hacerse los tratamientos de fertilidad sin éxito por su edad. No parecía contrariada durante los relatos de los tortuosos tratamientos médicos, mantenía una presencia estoica y una posición rígida y firme en el sillón del consultorio. Continuó afirmando que cuando decidieron adoptar ella quería optar por niñas grandes, porque no tenía tiempo de cuidar bebés, ella estaba casada con su trabajo y no podía asumir ese cargo, ella no era una mamá de bebés. Hizo mucho énfasis en la necesidad de educar moral y académicamente a las niñas, hasta convertirlas en “damitas” porque cuando todos te abandonaban la educación es lo único que queda.

En la sesión con Moraima también hizo presencia la madre negra. Jugábamos a la maestra y la alumna. Yo era la alumna torpe, estúpida que no podía hacer nada bien y ella era una maestra muy brava que se convertía en bruja negra, me rompía todas las tareas que yo realizaba, obligándome a hacer planas una y otra vez. Si le decía que estaba cansada y que me quería ir a ver tele, me ponía más tarea y me borraba la que ya había hecho, gol-

peando la mesa con fuerza y diciendo groserías. Al final me dijo que jamás volvería a ver a mi mamá.

La adopción de un latente, un niño que sobrepasa los siete años o más, representa una realidad muy diversa a la adopción de un bebé. En primer lugar podríamos preguntarnos por el estado de la organización estructural, que puede estar comprometidas no sólo por los déficits en la separación y el reemplazo de una estructura triangular por una gregaria y confusa en una casa hogar, sino también por los efectos de la represión característicos de la latencia. El estado de esa represión podrá mostrarnos una clínica muy variada, desde la impulsividad hasta la inhibición o incluso, ¿por qué no? dar paso al progreso social, la vida con los pares y el conocimiento. En cuanto al mundo fantasmático del latente en adopción quiero destacar que lo encontramos atravesado y nutrido por los recuerdos y el registro mnémico de los hechos relativos a la adopción, tales como el momento en el que por primera vez vio a los padres adoptivos, el olor de su antigua estancia y el de la nueva, o como en el caso de Moraima, el discurso invasivo y ambivalente de la madre biológica, recuerdos que en un bebé en adopción forman parte de lo reprimido, pero no de lo consciente o lo preconsciente. El niño adoptado de grande es un sujeto activo durante el proceso jurídico pero pasivo con respecto a su mundo interno, preso por las rivalidades y lealtades establecidas, no sólo por las fantaseadas sino por las que pueda recordar, que también estarán desfiguradas por el inconsciente.

También la función materna se transforma para estos niños y sus madres, quienes los reciben como dirá la madre negra “ya grandes, no bebés” y que opera desde la base de unas primeras diferencias constituidas. La primera comunicación cuerpo a cuerpo con la madre por sus cuidados instrumentales puede no estar presente y como en el caso de Moraima predomina un temor al acercamiento y sobre todo a “estimular demasiado”, como nos dirá luego el padre en su terror a un acercamiento incestuoso. El niño adoptado de grande, quien además recorre una trayectoria institucional, es un niño obligado a defenderse y a sobrevivir lo que puede significar una actitud suspicaz y desconfiada o una excesiva familiaridad poco discriminada, donde todos son tíos y tías y el afecto puede ser superficial y meloso.

Moraima se debate en un campo de batalla con fuego cruzado, no pierde el recuerdo de su madre biológica porque lo actualiza a cada instante y eso la tranquiliza, pero ese recuerdo se funde con los vínculos actuales que trata de establecer formando una amalgama de identificaciones parciales abigarradas, una gran masa indiferencia que clama por orden. Además formar parte de una familia es abandonar otra, y aquí la madre biológica proyecta

en la niña su propio aspecto abandonante y la culpabiliza por mantener vínculos estables con los padres adoptivos.

La madre buena: la madre en el padre.

“Héctor es bueno” reza la pancarta que Moraima le hace a su padre para su cumpleaños, dos años después en una sesión de su análisis. Le ha tomado toda la hora poner en orden 13 hojas cartas, una para cada letra, sin espacios entre palabras pero legible, con dibujos que ilustren su amor por la madre en ese padre. No confía en su hermana para ayudarla, es pequeña y aún no lee bien y no quiere que nada arruine ese momento al amanecer cuando entrará en el cuarto de los padres para mostrar su sorpresa.

—¿Qué es lo bueno? le pregunto.

—“Bueno es amor, es comprensión, es que no te griten cuando haces la tarea, es que te compren un cri-cri y no te pidan la mitad, pero tú le puedes dar si quieres y sólo un poquito te regaña si te portas mal en el colegio”.

Ciertamente eso es una madre suficientemente buena. El deseo de hijo en el padre adoptivo de Moraima lo convierte en una madre fértil, creadora de espacios potenciales, que mantiene la ilusión. Lo podemos entender cuando nos dice en un lapsus: “yo siempre desee ser madre, que digo padre, siempre quise tener muchos hijos y con las niñas es cuando realmente puedo hacerlo, porque viven conmigo 24/7. Yo soy el que las levanta para ir al colegio, les preparo su lunchera y las busco cuando salen, ellas le han dado mucha más alegría a mi vida que la que yo les he podido traer a la de ellas”.

Quisiera cerrar esta intervención con un comentario sobre la película *Meet the Ronbinson*, una historia sobre la vida de Lewis, un niño de 12 años que aún no es adoptado. Lewis está convencido que sólo su madre biológica es quien lo ha querido y fueron las circunstancias las que no le permitieron quedarse con él, así que coloca toda su fuerza libidinal en construir una máquina que investigue los recuerdos tempranos para revivir el momento idílico con su madre. En esta búsqueda Lewis ha retraído su interés en los vínculos adoptivos y ya no quiere ver a más padres aspirantes, no se presenta a las entrevistas y espanta a las parejas con locas ideas, absorbido por el reencuentro de esa escena perdida entre madre e hijo. Lewis sólo encuentra una familia adoptiva cuando puede figurarse un futuro vincular, y verse a sí mismo como incluido y reconocido por otro, es decir no niño sino hijo.

Referencias bibliográficas

- UTRILLA, M. (2007). "El mundo fantasmático de la adopción", en *Trópicos*, revista de la Sociedad psicoanalítica de Caracas. Año XV, vol 1, pp. 45-70. Caracas: Fondo Editorial Sociedad Psicoanalítica de Caracas.
- WINNICOTT, D.W. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa [1982].
- BION, W.R. (1957) "Diferenciación de las personalidades psicóticas y no psicóticas" en *Volviendo a pensar*, pp. 64-91. Buenos Aires: Hormé [1996].
- GOLDSTEIN, M. (2003). "Adopción y ética psicoanalítica", en www.elsigma.com/columnas/adopcion-y-etica-psicoanalitica/3220.